

terminó á obrar por sí mismo, saliendo en persona con las mas fuerzas que pudiera reunir para obrar de acuerdo con las compañías presidiales. Su primer pensamiento fué pasar al valle de Papigochi y sentando allí sus reales, hacerlo centro de sus operaciones; pero sabiendo que el mayor número de enemigos cargaba sobre el pueblo de Zepomera, resolvió pasar á él con el auxilio que derrandaba. Esta resolución no fué tan oportuna que pudiera librar al pueblo de los horrores de la desolacion: antes los sublevados habian estado en él, habian puesto fuego á la casa del misionero el padre Juan Ortiz de Foronda; y con la calma con que los justos ven acercarse el pálido espectro de la muerte, salió de la humilde choza que le servia de morada por entre las llamas que la consumian, y apenas se paró en el umbral, cuando atravesado por las saetas envenenadas cayó en el acto rogando á Dios por los mismos que le quitaban la vida. En ese mismo dia recibió el mismo género de muerte el padre Manuel Sanchez, que habia ido á predicar al real de San Nicolás y volvía á su mision de Tetuaca acompañado del capitán D. Manuel Clavero.

La oportunidad con que ocurrieron las fuerzas del gobernador Pardiñas, impidió que los indígenas ejercieran en otras partes sus venganzas, y despues que algunas partidas fueron derrotadas por las fuerzas españolas, el resto no habiéndose podido unir con todos los coligados, por los movimientos de las tropas de los presidios, huyeron á los montes; y la obra de pacificacion que comenzaron las armas de los soldados, vinieron á completarla las de la persuacion del padre Salvatierra, hombre que como visitador de las misiones, ejercia grande influjo en todos los pueblos por el espíritu de verdadera caridad que lo animaba. Empezó por atraer á sus pueblos, á los que no habian sido arrastrados en aquel movimiento, sino por la falta de ener-

gía para resistir las persuaciones de los demas: así fué gradualmente sofocando los impulsos de aquel incendio, hasta que casi todos los pueblos volvieron á su acostumbrada tranquilidad. El conde de Galve no desconoció la importancia del servicio que habia prestado el padre Salvatierra, y en una expresiva carta le manifestó su agradecimiento en nombre de la corona.

Mientras esto pasaba en las provincias mas distantes, en la capital se experimentó otra calamidad. El año de 1691 por lo temprano de los hielos se perdieron las cosechas y el año siguiente de 92 se empezó á sentir la carestía de las semillas y todas las consecuencias que son naturales en un estado semejante. Este año se anticiparon las lluvias y de un modo tan irregular, que en las mas partes hizo que se perdieran las cosechas del trigo, con lo cual aumentó la carestía de las semillas y fueron mas estragosos los efectos de la necesidad, particularmente entre la clase infeliz, como sucede siempre en los tiempos de grandes desgracias. El virey cuidaba de remediar esta necesidad y para ello mandó comisionados á varios puntos lejanos como Toluca y Celaya para contratar granos bastantes con que abastecer la capital, y lo que se hacia como un medio de contrarestar la pública calamidad, se interpretó de un modo siniestro, atribuyéndolo á que el virey trataba de esplotar la miseria general vendiendo las semillas con detrimento de los necesitados. Estas murmuraciones que tuvieron lugar en algunos cuantos mal intencionados, fueron generalizándose hasta el grado de amotinar todo el pueblo en contra del virey el ocho de Junio. El pueblo rodeó el palacio apedreando las ventanas y prodigando insultos á las autoridades, sin que pudieran contenerse ni por el respetable arzobispo el Sr. Aguilar y Seijas, que por sus virtudes era tenido como padre del pueblo, ni por las demas personas respetables

en la capital; antes tomando mas incremento aquella sedicion, concluyó por pegar fuego al palacio vireinal, á las casas de cabildo y otros edificios. Esta quemazon causó la pérdida de algunas cantidades considerables de dinero; pero la mayor pérdida que se iba á tener, era la de los archivos donde se depositaban todos los documentos que debian servir de fuente para la historia, así del antiguo pueblo mexicano, como de los acontecimientos posteriores á su dominacion por los españoles. Algunos libros y documentos fueron devorados por el fuego; pero la mayor parte pudieron librarse, por haber tomado á su cargo el libertarlos, el célebre literato mexicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora, que al saber en su retiro el peligro en que se hallaban tantas antiguas preciosidades, ocurrió con alguna gente espensada con este fin, y puestas escaleras á los balcones, forzaron las ventanas de las piezas del archivo, que estuvieron sacando por entre las llamas, hasta que ya fué imposible luchar por mas tiempo con el elemento devorador.

En las provincias de la frontera, aun no estaba bien asegurada la paz, pues no dejaban de manifestarse algunas hostilidades en los pueblos de los presidios mas lejanos, y así se habian asclado las sementeras y crias de ganado, en algunos lugares como Terrenate, Vatepito, San Bernardino y Janos. Entre los pimas y los sobas no habia prendido el fuego de la primera sedicion; pero despues, la injusticia de unos capitanes españoles los obligó á tomar las armas, con grave peligro de que mal apagadas las cenizas del primer incendio, bubieran rehovado aquel fuego, que estuvo para consumir el dominio de los extranjeros en las provincias del Septentrion. El capitan Nicolás Higuera, con pretesto de castigar en los pimas, delitos imaginarios, habia asclado las rancherías de Mototecatzi y el teniente Antonio Solis llevado de su genio altivo, castigaba cruel-

mente y aun daba muerte á muchos pimas, por las mas leves faltas, como si fueran graves delitos. Este injusto tratamiento, sembró bastante el descontento, en uno de los pueblos mas dóciles y pacíficos de aquellas regiones; pero su afecto hácia el celoso padre Kino que era su ministro, y su buena disposicion para recibir la religion cristiana, los hizo resistir aquella prueba, sufriendo los ultrajes y la injusticia con que eran tratados, sin hacer alguna pública manifestacion de hostilidad. En este estado de desabrimiento estaban los ánimos, cuando el padre Daniel Tenuske ministro del pueblo de Tabutama, deseoso de que los naturales püestos bajo su cuidado adelantaran en el conocimiento de las artes y se perfeccionaran en el desarrollo de la agricultura, llevó de las misiones de Sonora, un español inteligente y tres indios opatas, que sirvieran de maestros en los oficios que trataba de enseñar. No podía ser mas digno de elogio el pensamiento del padre Tenuske; pero por desgracia hizo una mala eleccion, pues el castellano Juan Nicolás que se eligió para ejecutar esta idea, era hombre de un carácter duro y soberbio; por causas muy leves, maltrataba y azotaba á los sencillos pimas; y como ninguna cosa es mas persuasiva que el ejemplo, lo mismo hacian los tres opatas que eran como sus ministros, hasta el grado de hacerse intolerables, colmando su orgullo y aspereza, la medida de la paciencia de los pimas. Un dia que se trató de hacer uno de aquellos castigos, tan injustos como frecuentes, los parientes y amigos del agraviado, hicieron uso de las armas para impedirlo: y tantas injurias como habian recibido, fueron vengadas ese dia con la sangre de uno de los opatas que fué muerto atravesado de flechas, teniendo que huir los otros dos con el mayordomo español, para no pagar sus crímenes de la misma manera.

Los pimas ejecutores de aquella accion, temerosos de

algun castigo, huyeron á tomar partido con otros fugitivos del partido de Caborca; y como sucedia siempre en estas ocasiones, el furor de los indigenas se iba á descargar en algun pueblo indefenso, derramando la sangre de una víctima inocente. En esta ocasion los pimas cayeron de improviso al pueblo de la Concepcion y dieron muerte al padre Francisco Saeta, que exhaló el último suspiro, abrazado con una imágen de Jesucristo crucificado.

Apenas se supo esta desgracia por el gobernador de la Sonora, cuando comisionó al teniente Antonio Solis, para que castigara aquel atentado y pacificara los pueblos sublevados: no pudo el gobernador hacer peor eleccion, pues el altanero y sanguinario teniente entró por los pueblos de Tubutama y Uguitoa, talando cuanto encontraba y dando muerte á cuantos venian á sus manos, sin cuidarse de esclarecer antes su criminalidad. Este general estermínio obligó á muchos que no habian tomado parte en el alzamiento y muerte del padre Saeta, á presentársele á Solis ofreciendo ellos ir presentando los autores de aquellos hechos: el teniente admitió la proposicion; y despues de tres dias se le presentaron mas de cincuenta indigenas, entre los cuales iban algunos de los sublevados, mezclados con muchos inocentes. El bravo oficial cercó con su caballería aquel grupo de naturales indefensos y empezó por amarrar á los que se decian autores de los hechos que se trataba de castigar; y como esta medida, causase alguna inquietud en aquella muchedumbre indefensa, el oficial dió orden de pasarlos á todos á cuchillo, y en un momento quedó el campo sembrado de cadáveres.

Solis quedó muy satisfecho de volver la paz á los pueblos con aquel terrible escarmiento, y volvió á incorporarse con el gobernador; pero la medida produjo enteramente el efecto contrario, porque irritados los ánimos con tan inaudita atrocidad, todos se levantaron avivados por

el fuego de su indignacion, y como un furioso aquilon se precipitaron sobre los pueblos de Tabutama, Caborca, S. Ignacio y otros vecinos, robando y profanando las iglesias, incendiando los edificios y ahuyentando los ganados á los montes. Esta sublevacion no solo fué general en la provincia de la Pimería, sino que vino á revivir el mal sofocado fuego en los pueblos de la Sonora, y la Tarahumara. Un indio llamado *Pablo Quihue*, natural de Santa María Pasieraca, constante enemigo de los españoles y de gran reputacion entre sus nacionales por su valor y natural elocuencia, se hizo el alma de este movimiento. La sangrienta escena de Tabutama, y demas crueldades ejercidas entre los pimas, le sirvieron de pretexto para formar una gran reunion, en la que excitó á todos á un general esfuerzo para librarse del yugo español, dirigiéndoles el siguiente discurso. «Los naturales de Sonora llevados de la dulzura y mansedumbre de los padres y de la santidad de la religion que predicaban, se sometieron voluntariamente á ellos hace sesenta años: y en este tiempo la tierra se ha ido llenando de soldados, de presidios, de familias de españoles, que en lugar de agradecer el beneficio de haberlos recibido en nuestro país, se han apoderado del terreno y aun de nuestras personas para servirlos como esclavos. Nuestras vacas, carneros, caballos y hasta nuestros hijos y mujeres han de estar á su disposicion. ¿De qué nos sirven sus presidios y sus armas? ¿No nos dicen á cada instante que son para defendernos? ¿No nos dicen que vivamos tranquilos en la verdadera religion, en la obediencia del rey y en vida política y civil? Esto nos cantan en sus primeras entradas. Nosotros, insensatos, los recibimos como unos hombres venidos del cielo para nuestro bien, pero ¿cuál es el cumplimiento de estas magníficas promesas? Ya lo veis. Muchos años hace que los apaches, los xicomes y los janos asolan

nuestro país, talan nuestros campos y roban nuestros ganados. ¿Y nos han defendido sus presidios? ¿Nos han protegido sus armas, ó por mejor decir, no les ha sido este un medio para destruirnos? ¿Qué, han sido mas los sonoras, los pimas, los tarahumaras y los conchos que han muerto atravesados por las flechas de los apaches, que los que han perecido inhumanamente á sangre fria á manos de los españoles? Al menor ademan que ven ó imaginan ver en nosotros los ya reducidos, luego somos apóstatas, traidores á Dios y al rey, enemigos de la patria, parciales de los apaches ó partícipes y cómplices de sus robos. Al instante se arman contra los desarmados y queman, ahorcan y degüellan. ¿Se hace otro tanto con los apaches y con los sumas? ¿Les han visto la cara á estos valientes en muchas ocasiones? ¿Les han quitado muchas presas? ¿Harían mas en nuestro daño nuestros mismos enemigos, que lo que hacen nuestros protectores? Como se vé, parece no estar completo el sentido de la oración; y el padre Alegre que es de quien la tomamos, dice en seguida de ella. «Verosímilmente, si se hubieran seguido sus disposiciones y sus consejos habian acabado con todo el nombre español y toda la cristiandad de aquellas vastísimas provincias.» Esto prueba que el indígeba Quihué, habia concebido un proyecto bien combinado para conseguir su libertad que era el fin á donde se encaminaba: y D. Carlos Bustamante, entusiasmado con la exactitud de este razonamiento dice en una nota al pasaje que se acaba de citar, que Cicerón en el caso del indio Pablo Quihué, no lo habria hecho mejor, ni habria hablado con mas elocuencia ni certeza, porque mientras los españoles ofrecian á los indios darles el cielo, les quitaban la tierra y los privaban de su libertad y todos sus derechos, justos motivos para sublevarse. La misma verdad que contenian las palabras de Qui-

hué y la viveza con que supo colorar el cuadro de su desgraciada situacion, fué lo que salvó á los extranjeros dominadores de aquellos pueblos, porque no pudiéndose contentar la exaltacion en los pechos conmovidos por este razonamiento, se anticiparon en el movimiento los pueblos de Cuquiariachi, Cuchuta y Teuricatzi, no dando lugar á que se hubiera sazonado el pensamiento del que se habia hecho el eco de la expresion general. Trastornado el plan de Quihué con esta precipitacion, no tuvo tiempo de contrarestar á la fuerza de los presidios que inmediatamente se pusieron en accion, solocando el movimiento desde su principio. Tres veces se repitieron aquellos impulsos con el mismo mal éxito, porque no habiéndose madurado el pensamiento, los pueblos que primero alzaron la voz, quedaron aislados y fueron imponentes para resistir las fuerzas de sus opresores: al fin se vieron obligados á pedir la paz; y el gefe Quihué con algunos de los sonoras, pudo defenderse poco tiempo mas en las asperezas y fortificaciones naturales de la sierra. Aun allí habria sido difícil destruir aquella chispa, porque los soldados españoles, hubieran combatido sin fruto en un terreno incómodo y desconocido; pero entonces pusieron en juego la cruel política de armar al hermano contra el hermano, que fué la mas poderosa palanca con que en todo tiempo consiguieron sus fines, desde Hernán Cortés primer conquistador que holló con su planta el sagrado de una nacionalidad estraña y el primero que conculcó los derechos de los habitantes de este continente.

El alzamiento que solo tendia á recobrar la independencia del territorio, se convirtió en guerra de religion y se hizo que, con pretesto de defender la fé cristiana, tomaran las armas los tarahumares y serranos, los guazaparis y cutecos, para combatir á los restos que acompañaban al gefe Quihué. Estos sencillos naturales, cristianos

fervorosos como buenos discípulos del celoso padre Salvatierra, fácilmente se prestaron de instrumentos para asegurar el dominio del enemigo común. Un día desde la mañana hasta la noche duró la batalla, en la que al fin quedó la victoria por los aliados, que volvieron muy satisfechos de haber destruido á los enemigos de su religión, y con esto quedó perpetuamente asegurada la paz en las provincias de los sonoras y tarahumares. Algunas naciones como los sumas, los xicomes y janos, desaparecieron, porque de sus naturales quedaron unos agregados á los pueblos reducidos á la obediencia del gobierno español y los que quedaron revelados vivieron desde entonces una vida errante y salvaje, siendo confundidos con los apaches; nación numerosa y de dura cerviz que jamás ha sido sujeta al yugo de autoridad alguna, y que desde aquel tiempo hasta nuestros días solo se ocupan de invadir las rancherías y haciendas para ejercer sus depredaciones y asesinatos, que los han hecho tan terribles en todas las provincias de la frontera. Si los pobladores de aquellos terrenos hubieran observado una conducta mas humanitaria y civilizadora, habrían formado con los naturales un solo pueblo ligado con estrechos vínculos de la verdadera fraternidad y aun los apaches habrían caído en la red de la civilización, pero lejos de eso, su avaricia los condujo á repugnantes crueldades, que muchas veces obligó á los indígenas á tomar las armas para procurar la defensa de sus derechos ultrajados, hasta que quedando muchos reducidos á una vida enteramente salvaje, aumentaron el crecido número de los bárbaros apaches, que por tanto tiempo han sido el terror de las tierras septentrionales, esparciendo en todo su suelo la desolación y la muerte.

Este mismo año que fué el de 1693, volvió á España el conde de Galve, sucediéndolo en el vireinato D. Juan de Ortega Montañés Obispo de Michoacan, que tomó posesión

de su empleo en 22 de Febrero y lo desempeñó hasta 18 de Diciembre en que llegó el nuevo virey D. José Sarmiento Valladares, conde de Moctezuma y Tula, descendiente de la muy noble familia de los antiguos reyes mexicanos. El conde Moctezuma gobernó cuatro años y el 4 de Noviembre de 1701, volvió á España, entrando á gobernar por segunda vez el Sr. Ortega Montañés que entonces era arzobispo de México, hasta el 27 de Noviembre de 1702 en que tomó posesion del vireinato D. Francisco Fernandez de la Cueva Enriquez duque de Alburquerque y marques de Cuellar.

En todo este tiempo tres fueron los acontecimientos mas notables que tuvieron lugar. Los trabajos del padre Kino en las misiones de la Pimería: la conquista de California por el padre jesuita Salvatierra; y la fundacion del segundo colegio apostólico de misioneros de Guadalupe de Zacatecas. Pero como para hablar de ellos, es necesario invertir el orden cronológico despues de dar idea de los vireyes que gobernaron hasta el año de 1710, trataremos de cada uno de estos tres puntos en capítulos separados y segun el orden con que los dejamos indicados.

CAPITULO XVII.

Ministerio del Padre Kino en la Pimería.

Los pueblos de la Pimería se hallaban en la basta provincia de Sonora, la mas septentrional entonces de la N. España y hoy de la nacion mexicana. Este rico y feraz territorio, confina por el oriente con una larga cordillera de montes que lo separan de la Tarahumara; al poniente con el golfo de Cortés ó el mar de California cuyas aguas ban sus costas desde la embocadura del yaqui hasta el fa-